



Ejército y Sociedad **en el siglo XX chileno**

Del Tanquetazo al 11 de Septiembre de 1973

Roberto Arancibia Clavel

Ejército y Sociedad en el siglo XX chileno es una publicación orientada a abordar temas vinculados a la historia militar a fin de contribuir a la formación de opinión en estas materias.

Los artículos están principalmente dirigidos a historiadores, académicos y público general que se interesen en la historia.

Estos artículos son elaborados por investigadores de la Academia de Historia Militar, pero sus páginas se encuentran abiertas a todos quienes quieran contribuir al pensamiento y debate de estos temas.

DEL TANQUETAZO AL 11 DE SEPTIEMBRE DE 1973

Por

Roberto Arancibia Clavel*

* General de División, Magíster en Ciencia Política y Doctor en Historia por la Pontificia Universidad Católica de Chile. Profesor de Historia Militar de la Academia de Guerra del Ejército y miembro honorario de la Academia de Historia Militar.

Las opiniones contenidas en los artículos que se exponen en la presente publicación son de exclusiva responsabilidad de sus autores y no representan necesariamente el pensamiento de la Academia de Historia Militar.

Se autoriza la reproducción del presente artículo, mencionando la Perspectiva de Historia Militar y el autor.

La dirección de la revista se reserva el derecho de edición y adaptación de los artículos recibidos.

Grupo de generales y almirantes alertan sobre la situación del país

Lo ocurrido el 29 de junio estremeció a las Fuerzas Armadas y, particularmente, a sus altos mandos, que vieron, producto de la inquietud en las filas, que la disciplina podía quebrarse. A raíz de ello nació, por iniciativa de los generales y almirantes, el llamado “grupo de los quince”, que fue formado por cinco oficiales generales de cada institución armada, los cuales se irían rotando. El objetivo fundamental del grupo era generar la mayor cohesión interinstitucional, en toda la línea jerárquica, y de representar al gobierno el punto de vista de las Fuerzas Armadas para mejor afianzar la supervivencia nacional, dentro de los márgenes de la Constitución y la ley. La primera tarea del grupo fue la elaboración de una apreciación de situación de seguridad nacional —documento que integró diversas inquietudes compartidas tanto por civiles como por los militares—, que más tarde sería aprobada por los comandantes en jefe y presentada al presidente de la República. Este, al conocerla, expresó su desagrado por algunos de sus puntos, específicamente los que objetaban los enroques ministeriales, la presencia de expertos extranjeros en altos niveles y la utilización de las Fuerzas Armadas para mejorar la imagen del gobierno.¹ Este grupo, que, según lo revelado más tarde por el general Sergio Arellano Stark, seguiría funcionando, contó con la participación de los generales Augusto Pinochet Ugarte, Mario Sepúlveda Squella, Oscar Bonilla Bradanovic, Sergio Nuño Bawden y el mismo Arellano. Por la Armada participaron los almirantes José Toribio Merino, Patricio Carvajal Prado, Daniel Arellano y Ricardo León, mientras que a la Fuerza Aérea la representaron los generales Gustavo Leigh Guzmán, Agustín Rodríguez, Claudio Sepúlveda Squella, José Martínez, Nicanor Díaz Estrada y Francisco Herrera. Se trataba de reuniones abiertas, efectuadas en el Estado Mayor de la Defensa Nacional. El general Pinochet se rehusó a asistir a la segunda sesión, cuenta el general Arellano, ya que pensaba que el Ejército debía marginarse o que asistieran algunos generales, pero sin voz ni voto. Arellano habría sostenido que no se trataba de votar, sino buscar una solución, de proponer algo para que esto se arreglara, ya que seguía el caos, el desorden y las tomas. La inflación era tan preocupante como el odio que se percibía. No se pretendía cogobernar, agrega, se trataba de buscar un arreglo. Mientras tanto, se quejaba el general, la gente nos tiraba maíz en las calles, pero eso no tuvo mayor importancia o influencia.

¹ Huerta op.cit. Vol. II p.45

Nosotros no éramos una república bananera, no teníamos ambición de poder, pero se había llegado a un extremo tal, que ya no se veía otra salida.²



Los generales y almirantes observaban con atención las conversaciones del cardenal Raúl Silva Henríquez, Patricio Aylwin, presidente de la Democracia Cristiana, y el presidente Allende. Este último, confesaba el general Arellano, se manejaba muy bien con su famosa muñeca, pero se veía que no contaba con apoyo político, lo que hizo fracasar las conversaciones. El “grupo de los quince” tenía la esperanza que se los llamara a conversar las propuestas concretas que se le habían hecho llegar al presidente, pero no pasó nada. En ese tiempo, continúa Arellano, no había ningún contacto con la CIA ni con civiles.³

Mientras tanto, la situación general del país continuaba muy complicada. En julio comenzaron los allanamientos dispuestos por la Ley de Control de Armas en diferentes localidades del país, en virtud de la Ley publicada en 1972, ya comentada.⁴

² Entrevista al general Sergio Arellano Starck por Raquel Correa, Diario El Mercurio, Santiago Chile 7 de septiembre de 2003. Cuerpo D pp. 3-5

³ *ibidem*

⁴ Ley N° 17 798, promulgada el 20 de octubre de 1972, señalaba que el control de las armas y elementos de que trataba la ley estaría a cargo del Ministerio de Defensa Nacional, a través de la Dirección General de Reclutamiento y Estadística. Cooperarían en esta labor las Comandancias de Guarnición, los Servicios Policiales y los Servicios Especializados de las Fuerzas Armadas conforme al Reglamento que se dicte. Quedaban sometidos a este control: a) Las armas de fuego, sea cual fuere su calibre; b) Las municiones; c) Los explosivos, salvo los que excluya el Reglamento; d) las sustancias químicas inflamables o asfixiantes

Fuera de las reuniones mencionadas, que eran prácticamente oficiales, había otras que se hacían en secreto. Uno de los generales que participaba en ellas recuerda: “Se reconocía que en la Marina había un grupo muy fuerte que movió e impulsó el pronunciamiento, los jóvenes oficiales y después bajo el liderazgo del almirante Merino. En el Ejército fuimos menos, pero había un grupo inicial que era muy pequeño, que eran solamente siete, estaban ahí por antigüedad, diría yo, Manuel Torres de la Cruz, Ernesto Baeza, Arturo Viveros, Sergio Arellano, Sergio Nuño, Javier Palacios, Carrasco y nadie más. Esos éramos los iniciales, con los cuales empezamos a juntarnos. Todos los meses había reunión de generales, el general Pinochet, que era el jefe del Estado Mayor, cumplió en ese tiempo una etapa muy buena, a mi juicio, porque impidió que nos disgregáramos y mantuvo la cohesión del Ejército. Pero él no estaba por intervenir y había que andar con mucho cuidado con él, porque si nos hubiese sorprendido nos habría echado de inmediato. En los consejos solamente se podían tratar los temas que estaban en la tabla, nadie podía hablar un tema contingente, entonces, como no se podía hablar nada en este grupo, empezamos entonces a ponernos de acuerdo de ir a hablar a otra parte, e íbamos a hablar donde un compadre de Arellano que tenía una parcela. Allí nos reunimos entonces con los marinos, los aviadores y los carabineros”.⁵

Concordante con la idea del liderazgo del almirante Merino, son interesantes las declaraciones de uno de sus contactos en Carabineros, quien relata: “Empezamos a complotar, efectivamente, y cada uno empezó a buscar gente que estuviera de acuerdo con las ideas. Yo tenía algunos capitanes, que los conocía desde el tiempo de la Escuela —dos, tres, cuatro—. Con ellos me sinceré y los invité a mi departamento. Yo estaba en ese tiempo soltero, porque mi señora se quedó con la familia aquí en Santiago. Y como no había qué comer, entonces yo le mandaba de Valparaíso un poco de harina o alguna cosa. Con ellos entonces empezamos a planificar y tuve contacto con el almirante Merino varias veces, porque tengo un primo que era marino y era oficial de órdenes de Merino. Como era primo hermano mío, llegaba de civil —a veces de uniforme también, pero la mayoría de las veces de civil— a conversar conmigo, como primo. Pero mientras hablábamos me pasaba un papelito donde decía “el almirante quiere verte hoy día a tal

que determine el Reglamento, y e) Las instalaciones destinadas a la fabricación, almacenamiento o depósito de estos elementos.

⁵ Cidoc, Entrevista general Washington Carrasco op. cit., p.12

hora”, y yo le ponía “no puedo, si puedo”, en fin. Ése era el enlace para ir. Conversamos varias veces con el almirante Merino”.⁶

El “Tanquetazo”, llamado también “el complot de San Pedro y San Pablo”, había sido el detonante para los enfrentamientos que vendrían. El llamado del presidente Allende y de la CUT a ocupar las fábricas y a movilizar los cordones industriales, hizo más tensa las relaciones con la oposición. Diversos incidentes, protagonizados por grupos de izquierda, llevaron a las Fuerzas Armadas a aplicar con todo rigor la Ley de Control de Armas. Las denuncias de entregas de armas efectuadas por parlamentarios de oposición pusieron en movimiento el control en todo el país. En Valparaíso, se allanaron las bodegas de la Distribuidora Nacional (DINAC) y se encontraron armas cortas, bombas molotov y otros explosivos caseros. En El Belloto, Quilpué y en la Población Corvi de Playa Ancha, también se encontraron armas y sustancias químicas. En Santiago, se allanó el Cementerio Metropolitano, se capturó una camioneta de la Corporación de la Reforma Agraria (CORA) con metralletas y se encontró armamento y explosivos en Puente Alto y El Paico.⁷

Llamado a la revolución armada por el MIR

Por su parte, el líder del MIR, Miguel Enríquez Espinosa, se dirigía al país desde el teatro Caupolicán el 7 de julio y, a través de un incendiario discurso, explicó su estrategia revolucionaria y particularmente la urgente necesidad de democratización de las Fuerzas Armadas. Se hace importante conocer en detalle estas declaraciones, ya que dan luces esclarecedoras de lo que significaba la revolución que preparaba ese grupo de extrema izquierda y que contaba con el contundente apoyo del Partido Socialista, como se verá más adelante. En parte de su discurso señaló: *“Del fracaso del Freismo surgió el golpismo de hace días, casi una decena de tanques, con algunos oficiales reaccionarios a la cabeza, detrás de las banderas del Partido Nacional y de la ultra reacción demócratacristiana, asesinaron cobardemente a civiles el viernes 29. Por eso, basta ya de hablar del comandante Souper, de tribunales de honor, cuando de lo que se trata es de criminales y delincuentes que en vez de cortaplumas contaron con tanques. De lo que se trata es del grupo armado del Partido Nacional que asaltó La Moneda utilizando tanques que fueron comprados con el trabajo de obreros y campesinos. Lo que aquí fue mancillado no fue la institucionalidad ni el honor de algunos oficiales, sino el honor del*

⁶ Cidoc. Entrevista al general Rodolfo Stange Oelckers, Santiago de Chile, 1999, p.11.

⁷ Chile bajo la Unidad Popular, Revista Que Pasa, Fascículo 10, 1983, pp. 6 -7

*pueblo y la vida de más de dos decenas de soldados y trabajadores. Todo el que dispara contra el pueblo será marcado históricamente como asesino del pueblo, tenga o no tenga uniforme. La clase obrera, consciente que el problema no estaba resuelto, continuó y profundizó su contraofensiva. Se ocuparon centenares de fábricas y fundos, se controlaron las poblaciones, se incorporaron los estudiantes y se multiplicaron y fortalecieron los Comandos Comunales, tomó impulso la organización de defensa de los trabajadores y se desarrolló y fortaleció el Poder Popular”.*⁸

Enríquez reconocía que se vivía un momento en que el enfrentamiento social y político se había agudizado en grado extremo. Dos enormes bloques sociales, decía, se habían constituido. Por un lado, la clase obrera y el pueblo extensamente activados y movilizados, que había dado un salto enorme en organización y conciencia, desarrollando en forma importante su capacidad de defensa, habiendo tomado la iniciativa y nuevas posiciones en fábricas y fundos, levantando un poderoso dique al golpismo y al chantaje, junto a los suboficiales, soldados y carabineros y junto a los oficiales antigolpistas. Por otro lado, las clases patronales al quedar al descubierto, sin banderas, desarmadas políticamente, sin base popular, se habían atrincherado en la institucionalidad y desde allí habían comenzado a presionar y a mover sus influencias en la alta oficialidad reaccionaria, para que las Fuerzas Armadas actuaran abiertamente en la defensa de sus intereses. Agregaba que los reaccionarios habían abierto un proceso de deliberación en los cuarteles, incitando al golpismo, cuyas manifestaciones más inmedatistas habían sido abortadas por los suboficiales y por la oficialidad antigolpista. Con respecto a la ley de armas, que se empezaba a hacer cumplir, señalaba: “Las clases patronales y sus sirvientes políticos exigen la represión a los trabajadores y a los revolucionarios por medio de la Ley de Control de Grupos Armados. Esta ley fue propuesta y aprobada por la mayoría reaccionaria del Congreso. Entonces, nosotros la calificamos de la nueva ley maldita, y la combatimos públicamente, El gobierno pudo haberla vetado, pero no lo hizo; suya es la responsabilidad por la negligencia y las consecuencias de esta ley represiva”.⁹

Agregaba con pasión que no había otra alternativa para los revolucionarios. Podía haberla para los reformistas más recalcitrantes, pero a éstos la historia los marcaría de acuerdo con su conducta. Afirmaba que la situación sólo ofrecía dos caminos: la capitulación reformista o la contraofensiva revolucionaria y, si esta última desencadenara un intento golpista, habría fuerzas de sobra para aplastarlo. Luego se refería a la táctica

⁸ Publicado en El Rebelde, N° 91. Santiago, Julio de 1973

⁹ Ibid.

revolucionaria, que era la que había puesto en práctica la clase obrera y el pueblo en las semanas recientes. Sobre esta, decía: *“consiste en reforzar y ampliar la toma de posiciones en las fábricas, fundos y distribuidoras. No devolver las grandes empresas tomadas, incorporarlas al área social bajo Dirección Obrera, imponiendo en la pequeña y mediana industria el Control Obrero. Desarrollando la fuerza de los trabajadores fuera de la institucionalidad burguesa, estableciendo el Poder Popular en los Comandos Comunales, los Comités de Defensa, multiplicando y extendiendo la ofensiva popular, incorporando a ella a los pobladores, campesinos y estudiantes, extendiendo la movilización a todo el país”*.¹⁰



En cuanto a las Fuerzas Armadas, llamaba a hacer una alianza de los trabajadores con los soldados, suboficiales y oficiales honestos. Había que rescatar también la base obrera y popular de la Democracia Cristiana, junto con fortalecer la alianza revolucionaria de la clase obrera y el pueblo. Llamaba a un paro nacional como contraofensiva, afirmando: *“La tarea inmediata de esta táctica revolucionaria es profundizar y ampliar la contraofensiva popular y revolucionaria en curso y, para ello, proponemos la realización de un paro nacional por 24 horas. Un paro nacional de carácter distinto, un paro que organice, fortalezca y multiplique los Comandos Comunales en todo el país, incorporando a todas las capas del pueblo.”*¹¹ El paro nacional, agregaba Enríquez, debía exigir medidas inmediatas contra todos los oficiales golpistas y la remoción de los mandos comprobadamente comprometidos en la sedición y el chantaje. Además, debía

¹⁰ Ibid.

¹¹ Ibid.

levantar como derecho legítimo de la clase obrera y el pueblo la organización de sus propios órganos de vigilancia, de protección, de defensa y de lucha. Con respecto a las Fuerzas Armadas señalaba que había que luchar por su democratización. La clase obrera y el pueblo debía, entonces, luchar por resolver los problemas de ingreso y abastecimiento de los miembros de las FF.AA. y terminar las restricciones en sus derechos ciudadanos, para que tuvieran posibilidad de incorporarse a las organizaciones populares. Se hacía indispensable impulsar la lucha contra el orden burgués y luchar por generar los tribunales del pueblo, la asamblea del pueblo y el poder popular. Además, señalaba que, si la contrarrevolución tomara la forma de un golpismo desatado, del emplazamiento militar violento, los revolucionarios y los trabajadores debían de inmediato extender las tomas de fábricas y fundos, multiplicar las tareas de defensa e impulsar el poder popular como gobierno local, autónomo de los poderes del Estado.” Agregaba textualmente: “Los suboficiales, soldados y carabineros deben desobedecer las órdenes de los oficiales golpistas y, en ese caso, todas las formas de lucha se harán legítimas. Entonces, sí que será cierto que los trabajadores con los soldados, marineros, aviadores y carabineros, los suboficiales y oficiales antigolpistas, tendrán el legítimo derecho a construir su propio ejército, el Ejército del Pueblo”. Terminaba arengando a sus adherentes en los siguientes términos: “Compañeros: el pueblo debe prepararse para resistir, debe prepararse para luchar, debe prepararse para vencer. Trabajadores de Chile: ¡adelante con todas las fuerzas! ¡adelante con todas las fuerzas de la historia!”¹²

El líder del MIR, Miguel Enríquez Espinosa

¿Quién era Miguel Enríquez Espinosa, el líder de la izquierda Revolucionaria? Es una pregunta que interesa ser contestada, ya que sirve para explicar las motivaciones que había tras el accionar violento de sus dirigidos. En 1973, tenía 29 años y era el secretario general del MIR, cargo que ocupaba desde 1967. Era hijo de Edgardo Enríquez Frödden, profesor de anatomía, rector de la Universidad de Concepción entre 1969 y 1972 y ministro de Educación del presidente Salvador Allende, en 1973. Su padre había sido durante veinticinco años oficial de Sanidad de la Armada de Chile, alcanzando el rango de capitán de navío y el cargo de director del Hospital Naval de Talcahuano. Su madre fue Raquel Espinosa Townsed, egresada de la Escuela de Leyes de la Universidad de Concepción. Miguel, realizó sus estudios primarios y secundarios en Concepción.

¹² Ibid.

Durante sus años de colegio fue conociendo, sucesivamente, a varios futuros integrantes del MIR: en 1957 Marcello Ferrada-Noli, en 1959 Bautista van Schouwen, en 1961 Luciano Cruz y en 1964 a Sergio Pérez Molina. La revolución cubana produciría un gran impacto en él, sus compañeros y sus hermanos, uno de los cuales —Marco Antonio— integraría el Grupo Marxista Revolucionario (GMR), una organización de corte trotskista. Con sus amigos también participó de un grupo de estudios de las teorías marxistas. En 1962 comenzó a militar en la Federación Juvenil Socialista (FJS), a la cual ingresó junto con Bautista van Schouwen. Luego se integran al núcleo “Espartaco”, en el cual ya militaban desde el año anterior su hermano Marco Antonio y su amigo Marcello Ferrada-Noli, jefe del núcleo. Todos ellos, más Jorge Gutiérrez Correa, Claudio Sepúlveda y Pedro Valdés, forman paralelamente, ese mismo año y bajo el liderazgo de Enríquez, la fracción clandestina “Movimiento Socialista Revolucionario” (MSR). Simultáneamente, su hermano Edgardo comienza a militar en la Federación Juvenil Socialista, en Santiago, estableciendo más tarde, junto a Andrés Pascal, un núcleo similar al MSR penquista.¹³

Enríquez ingresó a la carrera de Medicina en la Universidad de Concepción, en marzo de 1961. Paralelamente a sus estudios universitarios, participaba en protestas y en diversas actividades de ayuda social. Desde el núcleo “Espartaco” y de las revistas “Revolución” y “Polémica Universitaria”, en las que escribía, abogaba por un socialismo más radical. En febrero de 1964 se margina del Partido Socialista y su grupo se integra, por un breve lapso, en la Vanguardia Marxista Revolucionaria (VMR) hasta la fundación del MIR, en agosto de 1965. En el Congreso Latinoamericano de Estudiantes de Medicina, que se realizó en Concepción a fines de 1964, entraría en contacto con miembros de los MIR de Venezuela y de Perú. Sería un activo convocador al “Congreso de Unidad Revolucionaria”, que se realizaría entre el 14 y el 15 de agosto de 1965, en Santiago. En esa ocasión se fundó el Movimiento de Izquierda Revolucionaria. Allí expuso una tesis político-militar, de la cual eran coautores su hermano Marco Antonio y Marcello Ferrada-Noli. La tesis, titulada *La conquista del poder por la vía insurreccional*, fue aprobada en el congreso de fundación. Miguel Enríquez fue elegido miembro de la primera dirección nacional del MIR, como integrante del comité central. A inicios de 1966, viajó a China integrando una delegación de la Federación de Estudiantes de Concepción. Allí, y durante su viaje de regreso, en Perú hace contactos con

¹³ Biografía de Miguel Enríquez Espinosa. Consultada en Universidad de Ciencias Médicas de La Habana, Cuba. En <https://instituciones.sld.cu/fcme/fcmdrmiguelenriquez/dr-miguel-enriquez/el-29-de-mayo-de-2020>

organizaciones laborales y políticas. Como es posible observar, la ofensiva revolucionaria era bastante seria y con profundos contenidos teóricos de carácter internacional.¹⁴

Infiltración extremista en los cuarteles, inquietudes en las filas y nuevo paro de camioneros

La actividad del MIR en las Fuerzas Armadas continuó y se descubrieron intentos de infiltración, tanto en la Armada como en el Ejército. Después del 29 de junio de 1973, en los baños del contingente del regimiento “Buin” se descubrieron escritos contra los oficiales, llamando a la desobediencia, los que fueron hechos con letra de imprenta, que fue el elemento que permitió descubrir al autor. Uno de los oficiales de la unidad relató lo ocurrido. *“Como los acontecimientos del “Tanquetazo” estaban frescos, con varios muertos militares, se dispuso que toda la compañía debía hacer su testamento, designando los beneficiarios para el seguro del Ejército. Cada testamento debía tener mínimo un testigo, que también debía firmar. Al comparar los escritos de los baños con los testamentos, se detectó un par de soldados, quienes fueron interrogados, descubriéndose cinco infiltrados. Finalmente, la célula mirista fue puesta a disposición de la división”*.¹⁵ Las investigaciones correspondientes sindicaron al soldado concripto Mario Go Alarcón como el jefe de la célula extremista. Asimismo, se descubrió el compromiso con los miristas del teniente Jorge Pérez Tobar, quien sería detenido y procesado después del 11 de septiembre.¹⁶

Mientras tanto, el grado de inquietud crecía en las unidades del Ejército. Se recordaba que ya reducido el regimiento Blindado N°2 se había puesto término al momento más crítico que había vivido el Ejército, ya que se había estado al borde de un enfrentamiento fratricida entre dos unidades. Se comentaba, entonces, que, al comienzo del gobierno de la Unidad Popular, muchos chilenos estaban atentos a las medidas de clara tendencia socialista marxista que estaba aplicando el gobierno. Los militares, al igual que los civiles, como simples ciudadanos, también seguían el desarrollo de los acontecimientos, sin comentar las noticias que a diario entregaban los medios de comunicación por estar prohibido, por doctrina militar, sin embargo, cada uno de ellos, como ciudadanos, tenía una inclinación o preferencia hacia un partido o tendencia política que se mantuviera dentro del sistema democrático.¹⁷

¹⁴ Ibidem

¹⁵ Roberto Arancibia Clavel. Entrevista al brigadier Gabriel Allende Figueroa, Santiago, 29 de julio de 2020

¹⁶ Ibid.

¹⁷ Memorias inéditas del general de división Nilo Floody Buxton, fs. 37

Con el tiempo, el gobierno fue acentuando la impronta ideológica de sus objetivos, expropiando predios en forma ilícita, apropiándose de industrias y bancos, interviniendo en la educación, formando y amparando fuerzas para-militares para apoyar las tomas y estimulando los cordones industriales, contando para ello con el refuerzo del MIR. Todo lo anterior era contrarrestado por la oposición, formándose dos corrientes irreconciliables que llegaban a serios enfrentamientos. La inquietud había llegado a los regimientos, donde muchos oficiales comentaban y criticaban en grupos las medidas del gobierno, que estaba llevando al país hacia el socialismo marxista. Varios regimientos y escuelas habían logrado tranquilizar a sus oficiales, dándoles la seguridad más absoluta que el alto mando del Ejército no permitiría que el gobierno destruyera el sistema democrático que regía al país. Asimismo, reforzaban la idea que era el deber de los comandantes con fuerzas a su cargo mantener la disciplina, la cohesión y el alto grado de instrucción militar y de combate. El hecho que los oficiales comentaran y dieran su opinión sobre determinadas medidas que aplicaba el gobierno, aunque estuviera en el límite, no se consideraba como un acto deliberativo, sino un deber como soldado, que había jurado defender su patria hasta rendir la vida si fuera necesario. Se pensaba que, para defender la patria, cualquiera fuera su grado, bastaba cumplir fielmente con sus deberes militares, obedeciendo a sus superiores; quienes, siguiendo la línea de mando, también tenían que obedecer y ser leales colaboradores del alto mando. Esta cadena de mando, desde el comandante de la unidad hasta el último soldado y viceversa, nacida y fortalecida por el profesionalismo y patriotismo de sus componentes, era la que se debía mantener siempre. Todo indicaba que esto no se había cumplido en el Regimiento Blindado N°2, donde se crearon las condiciones para que llegara a producirse el levantamiento.¹⁸

En relación con lo anterior, el director de la Escuela Militar relata que contaba con la adhesión más absoluta de todos sus oficiales, lo que lo llenaba de tranquilidad y orgullo. A través de ellos hacía llegar a oficiales de otras reparticiones determinadas informaciones obtenidas de algunos generales, con los que mantenía contacto, para ir contribuyendo a la creación de una cadena de mando, llegado el momento de actuar. Agrega que consideró necesario tomar contacto con oficiales de la Armada y de la Fuerza Aérea, ya que hasta esa fecha eran muy pocas las relaciones a este nivel, lo que puso en conocimiento de algunos generales en que confiaba. Se sabía que estas instituciones estaban muy cohesionadas, pendientes y preocupadas por el avance de la ideología

¹⁸ Id.

marxista-leninista en el gobierno, que estaba dividiendo a los chilenos en dos grupos que podían enfrentarse en cualquier momento, causando muertos y heridos. Se aseguraba, también, que la Armada y la Fuerza Aérea no aceptarían el marxismo en el país. Con respecto a Carabineros, confiesa que no tenía antecedentes, salvo que cumplían las ordenes emanadas de las autoridades de gobierno y del Poder Judicial con eficiencia y profesionalismo, sin demostrar inclinaciones políticas. Así, en sus conversaciones con representantes de la Fuerza Aérea y de la Armada, el coronel Eduardo Fonet Fernández y el capitán de navío Arturo Troncoso Daroch, respectivamente, se apreciaba que había una gran comunidad de ideales entre las tres instituciones. Estas reuniones se realizaban en conocimiento del general Gustavo Leigh Guzmán y del almirante José Toribio Merino Castro.¹⁹ El almirante Troncoso recordaba esas reuniones, ya que los oficiales superiores que asistían a ellas se habían conocido en el Curso de Alto Mando, efectuado a fines de 1972 y del que ya se ha hecho alusión, oportunidad en que juntos habían presentado a las autoridades de gobierno, que asistían a dar conferencias, sus serias inquietudes por lo que ocurría en el país.²⁰

Con fecha 25 de julio de 1973, se produjo un nuevo paro de camioneros. Sesenta mil propietarios, que disponían de cuarenta y cinco mil vehículos, reeditaron el paro de octubre de 1972. León Vilarín, dirigente del gremio, reclamaba que el gobierno no había cumplido ninguno de los acuerdos a los que se había llegado con el ex ministro del Interior, el general Carlos Prats González. De esta manera, al no cumplirse lo prometido, quedaba en entredicho la acción de los militares en el gabinete.²¹ El paro se efectuó a pesar de que el Segundo Congreso Nacional del Transporte Terrestre, que agrupaba a dueños de taxi buses, autobuses, taxis y camiones, tres días antes había acordado dar un plazo de 15 días a su directiva para que se discutieran soluciones con el gobierno. Con este dato en la mano, el gobierno aseguraba que la instancia tenía fines políticos claros, que no eran otros que hacer fracasar el diálogo con la DC y así agudizar la crisis económica y de autoridad que vivía el país, para lograr la caída del gobierno popular.²²

Ante esta situación, los dirigentes del MIR, Miguel y Edgardo Enríquez, con su organización decidieron enfrentar en el terreno de la lucha armada, la acción emprendida por los camioneros. El propio padre de ambos dirigentes ministro de Educación de la

¹⁹ *Ibidem*, fj. 40

²⁰ Cídoc. Entrevista al almirante Arturo Troncoso Daroch. Santiago de Chile. 1992. p.7

²¹ El paro final, Chile bajo la Unidad Popular, Revista Que Pasa, fascículo 11, 1983, p.10

²² Marta Harnecker, op. cit. p.45

época le relataba al presidente Allende lo que habían hecho sus hijos y el MIR. Estos se habían aproximado a una de las grandes concentraciones de camiones que estaban obstruyendo el paso en la Longitudinal Sur, contra la cual lanzaron cartuchos de dinamita. Los camioneros habían reaccionado y habían atacado a los miristas, produciéndose una dura refriega. Cuando ya habían volado varios camiones, el resto de los conductores habían huido del lugar, despejándose la carretera.²³



Dos días después de iniciado el paro, el 27 de julio de 1973, era asesinado el edecán naval del presidente Allende, el capitán de fragata Arturo Araya Peters. El oficial fue baleado en el balcón de su casa, en calle Fidel Oteíza, en Providencia, por un grupo escindido de Patria y Libertad. Roberto Thieme, uno de sus dirigentes, años después afirmó en una entrevista que un grupo ya separado del movimiento había participado en el atentado. A continuación, afirmó: *“Me consta que, al ser marginados del Movimiento, se llevaron una Batán (subametralladora), de fabricación argentina, un fusil semiautomático calibre 22. Yo había adquirido 20 de estas armas en Mendoza, junto a otra cantidad de revólveres, y los había ingresado clandestinamente al país por vía aérea. De esa arma salieron los disparos que terminaron con la vida del comandante Araya. Al comienzo, pensé que era cierta la información divulgada por la prensa de derecha, que sostenía que el asesinato era obra de la izquierda. Sin embargo, a la semana ya habíamos confirmado que los responsables era este grupo, conforme a los datos de inteligencia que*

²³ Jorge Arrate et. al. Memoria de la Izquierda Chilena, vol. II. Javier Vergara, Santiago de Chile, 2003, p135

recolectaron las estructuras de Patria y Libertad".²⁴ Poco tiempo antes del atentado, el comandante Araya se había presentado al almirante Ismael Huerta, a quien le confidenció su difícil situación. En parte de la entrevista le comentó: "*... me critican todo; que soy comunista; que le llevo mujeres al presidente; que me regaló un Fiat 125. ¿Dónde está? Llevo una vida apretada y difícil; no invito a comer para que no se diga que obtengo víveres en el mercado negro. No se imagina lo que me cuesta subsistir*".²⁵

Las reacciones a este atentado, que hacía más álgida la lucha política, no tardaron en llegar. Para el presidente Allende se trató de un hecho increíblemente injusto y cobarde, que marcaba una etapa de la crisis moral que se vivía. Para los socialistas, el atentado provino de sectores de derecha, señalando a destacadas personalidades de la oposición como los responsables. Para los medios de comunicación cercanos al gobierno, el crimen fue un último y desesperado intento de la reacción para apurar el golpe. La dirección del Partido Nacional, por su parte, realizó un llamamiento a las Fuerzas Armadas para que intervinieran ante una nueva etapa, aún más trágica y aguda, en el proceso de desquiciamiento que vivía el país. El proceso contra los presuntos autores, cómplices y encubridores del crimen fue seguido por la Fiscalía dependiente del Juzgado Naval de Valparaíso, constituida en la capital para estos efectos. Finalmente, se condenó a uno de ellos, René Claverie Bartet, a tres años y un día de prisión, como autor material de los hechos. Dos hijos del capitán Araya, treinta y dos años después, se querellaron por asesinato, pidiendo la anulación del juicio efectuado por la Justicia Naval en 1973, sosteniendo que no se había castigado a los culpables.²⁶ Por su parte, el almirante Troncoso, juez naval de la época, años después expuso su visión de lo sucedido: "*... se llegó a la conclusión de que no podía asignársele la culpa a nadie específico de que se hubiese querido dar la muerte al edecán de Allende, sino que fue una cosa fortuita y de mala suerte. Los participantes no negaron que habían disparado, pero dijeron que ellos no le habían disparado al edecán del Presidente, sino que lo habían hecho a una persona que les disparaba*".²⁷ Esta aseveración tiene asidero en que, previo al hecho, hubo un incidente en que se enfrentaron grupos de izquierda y de derecha, incluido un intercambio

²⁴ Diario El Mostrador, 12 de febrero, 2004. Ver también en José Díaz Nieva, *Patria y Libertad, El Nacionalismo frente a la Unidad Popular*, Centro de Estudios Bicentenario, Santiago, Chile, 2015, pp.285-293

²⁵ Huerta, op. cit p.34

²⁶ José Díaz Nieva. *Patria y Libertad y el nacionalismo chileno durante la Unidad Popular 1970-1973. Bicentenario*, 2 (2). 2003.pp.287-291

²⁷ Cidoc, Entrevista al almirante Arturo Troncoso, 1992, op. cit. p.4

de disparos, que habría sido lo que motivó al comandante Araya a salir al balcón y hacer uso de su arma.

Las Fuerzas Armadas se preparan para la acción: Preparativos a nivel Defensa Nacional en seguridad interior

Más de cinco años antes de 1973, las Fuerzas Armadas estaban coordinadas, a nivel Ministerio de Defensa, por el Estado Mayor de la Defensa Nacional. Ya en 1967, tras el congreso del Partido Socialista, se advirtió la necesidad de preparar planes de contingencia para prevenir el desborde de fuerzas nacionales impulsadas desde Cuba. El país, además, contaba con una ley, llamada de Seguridad Interior del Estado, que permitía colocar a todo o parte del territorio bajo un estado de excepción constitucional, restringiendo algunas libertades públicas, en aras del bien común, y colocando a la zona respectiva bajo el mando de una autoridad militar. Para preparar su acción se elaboraron los correspondientes planes, los que se pondrían en ejecución cuando se decretara el estado de emergencia. Estos eran los planes que se pusieron al día y que servirían para tomar el control del país el 11 de septiembre. Se trató de concebir una línea de acciones en forma de fases concatenadas. Primero, las necesarias para asumir el control y, luego, las necesarias para asumir el mando político. Era necesario prever combates que podían alcanzar cierta envergadura al interior de las ciudades más grandes y, al mismo tiempo, se necesitaba proteger a la población civil, mantener en funciones los servicios de utilidad pública y conservar intactas tanto las obras públicas como la infraestructura industrial. El imperativo de la acción era aplastar la resistencia militar organizada del adversario, en el mínimo de tiempo, evitando que materializaran las acciones ofensivas que tenían previstas.²⁸

Para enfrentar las emergencias, las instituciones operarían en sus respectivas áreas jurisdiccionales, correspondientes a las guarniciones militares, navales y aéreas resultante de su despliegue en el territorio nacional. De acuerdo a ello, la Armada asumiría el control de Valparaíso y Talcahuano; mientras la Fuerza Aérea lo haría en Puerto Montt y otros puntos cercanos a sus grandes bases. El Ejército, por su parte, tendría mayores áreas por cubrir, siendo las principales las de Arica, Iquique, Antofagasta, Santiago, Concepción y Punta Arenas.

Para el Ejército, el control de Santiago era imprescindible, de allí que se planificó reforzar la guarnición con tropas que vendrían a desfilarse a la Parada Militar. La idea

²⁸ Julio Canessa Roberts, op. cit. p.182

general de maniobra era formar un cerco externo para controlar los accesos a la capital y neutralizar los cordones industriales, colocando fuerzas a sus espaldas, haciéndolo coincidir con líneas naturales, como las alturas al oeste de la ciudad, la cuesta de Chacabuco, por el norte, y el río Maipo, por el sur. Al mismo tiempo, se establecerían núcleos de acción para aislar las áreas vitales de Santiago, que había que dominar, además de la necesaria reserva. Lo anterior significó crear nuevas orgánicas, como las denominadas “agrupaciones de combate”.²⁹

Durante 1973, el Estado Mayor de la Defensa estaba dirigido por el vicealmirante Patricio Carvajal Prado y la actualización de la planificación de seguridad interior se había iniciado en el mes de marzo. Las informaciones que se manejaban para actualizarla mostraban que el país estaba en un período total de desorden político, social y económico. Dicha afirmación se había canalizado al gobierno a través del ministro de Defensa, José Tohá. Las apreciaciones consideraban, además, una posible intervención militar entre septiembre y noviembre del mismo año. De allí que ya en julio se inició la planificación operativa para una intervención.³⁰

El almirante Carvajal afirmó: “*Se ha hablado mucho de los planes. Voy a decir que, básicamente, existe un plan muy grande, que facilita todo, que es el ‘plan de seguridad interior’*”.³¹ Explicó que ese plan se había aplicado desde hacía muchos años, para dar seguridad y, sobre todo, para permitir el funcionamiento de los servicios públicos y de las industrias más importantes en casos de huelga. Agregó que los santiaguinos no se habían dado cuenta de ello, pero, cada vez que había una huelga en las plantas eléctricas, había un equipo cuyos integrantes ya estaban nombrados, cuyos domicilios se sabían perfectamente bien, a fin de llamarlos en cualquier momento para cubrir las centrales eléctricas, en sus distintos puestos. Lo mismo, afirmó, ocurría para el caso de la huelga del gas. Era gente acostumbrada a trabajar en calderas de buques, o como electricistas, y que llegaba a trabajar con completa eficiencia. Lo anterior evitaba la paralización de los servicios de utilidad pública. Fuera de eso, las instituciones armadas tenían “planes de seguridad interior” prácticamente para afrontar todo tipo de huelgas: de sanidad, de panaderías, de ferrocarriles, de buses, de buques, de carguío en los muelles, entre otras. Estas se habían practicado mucho desde hacía bastante tiempo, incluso desde la época del

²⁹ Id. p.187

³⁰ Entrevista al coronel Pedro Guerrero, oficial de operaciones del Estado Mayor de la Defensa Nacional el 24 de enero de 1997, en David Pérez Carrillo, *La fronda Militar*; El 11 de septiembre, Documento de Trabajo N°82, Instituto de Asuntos Públicos de la Universidad de Chile, septiembre 2006 p.147

³¹ Patricio Carvajal et. al. *El pronunciamiento militar de 1973: fundamentos y antecedentes*, op. cit. p.119

presidente González Videla, en que hubo que hacer milagros para que pudiera seguir caminando la economía en medio de huelgas bastante prolongadas. Estos planes permitían que las instituciones que tenían la responsabilidad de dar protección o seguridad a una planta y, también en algunos casos, la de hacerla funcionar, la conocieran en detalle. Esta conexión, recuerda, fue muy útil y efectiva en el año 1973.³²

La necesidad de mantener los “planes de seguridad interior” al día permitió también idear muy fácilmente cómo apoderarse de esas plantas, para evitar su destrucción y para mantenerlas en servicio. Era muy importante impedir su paralización en el momento en que se tomara el Gobierno. Así que ese plan costó poco afinarlo. Luego, había un “plan de telecomunicaciones”, que también consistía, en general, en proteger las instalaciones de todos los medios de comunicación, pero, sobre todo, de las radios. La radio era el medio más rápido, el que más se necesitaba. Aquí, el plan era de doble efecto: en buenas cuentas, había que proteger a las radios “buenas” y silenciar a las “malas”. Ese era, en resumen, el “plan de telecomunicaciones”, el que se llevó a cabo a tiempo.³³

³² Ibidem.

³³ Ibidem, pp. 120-121